

Dos notas al Salterio

No he podido hallar mejor homenaje a la ciencia y amistad que unas breves consideraciones a dos puntos del Libro de los Salmos, que es código de piedad por excelencia y joya de la Biblia entera.

1. EL SALMO 131 (h)

Una de las más finas perlas del Salterio. Es este pequeño salmo el cántico de la infancia espiritual: David después de la unción para rey de Israel.

Lleva doble inscripción: «Cántico de las Peregrinaciones» y «De David», y, a nuestro ver, ambas ha de tener presentes el exégeta para mejor apreciar los delicados perfiles de esta breve composición.

Se dice «De David», o porque en verdad éste es el autor del salmo, o por lo menos porque es expresión genuina del espíritu de David, consciente de su exaltación ya desde el momento de la unción del Profeta; y hasta parécenos ser la contestación exacta e intencionada a las palabras que en el episodio de Goliat le dirigieron Eliab y Saúl. La relación con el capítulo 17 del primer libro de Samuel es clara e ilumina el salmo.

Eliab debió de concebir y conservaba sentimientos de aversión respecto de David, desde el momento de la unción de éste, después de haber sido él postergado por el Profeta de orden de Dios. Tales sentimientos, que es probable se habían ya manifestado en otras ocasiones, se desfogaron con violencia invectiva al ver Eliab inesperadamente a David en el campo de batalla; entonces, «encendido en ira, le dijo: ¿por qué has bajado, ¿a quién has dejado tu pequeño rebaño en el desierto? Yo conozco tu orgullo y la malicia de tu corazón...».

Seguramente suponía Eliab que David, después de la unción, agitaba en su corazón altos proyectos y deseos de cosas hazañosas que llamasen la atención del pueblo sobre sí y le abriesen paso a la posesión del reino. En verdad que así no era. David, aunque siempre

bien consciente de lo que significaba la unción regia del Profeta, otra vez está en su humilde oficio de pastor del pequeño rebaño en los campos de Belén, y de allí ha llegado enviado por su padre para simples atenciones familiares. David tenía su porvenir confiado a la Providencia, y en ella seguro y tranquilo descansaba como un niño sobre su madre. A la injuriosa invectiva de Eliab, contesta en el salmo, como poniendo a Dios por testigo: «¡Oh Dios! No se ensoberbece mi corazón ni son altaneros mis ojos, ni corro tras de grandezas, ni tras de cosas demasiado altas para mí...». Considérese cada una de estas palabras; no pueden otras ser más significativas ni más a propósito para el caso. Bien se las podría incrustar aquí en el libro de Samuel, cual respuesta la más adecuada al malicioso Eliab.

«COMO UN NIÑO DESTETADO SOBRE SU MADRE»

Esta frase con que prosigue el salmo es contestación a las palabras de Saúl: «Tú eres un niño». David acepta el calificativo y lo ratifica y remarca.

Para percibir los variados matices de esta comparación, atiéndase a lo siguiente:

a) Las tres personas que, fuera de David, intervienen en el relato del libro de Samuel son cada una de extraordinaria estatura. De Eliab dice Dios al Profeta: «No tengas en cuenta su figura ni su gran talla» (1 Sam 16, 6); «Saúl sobresalía, entre todos, de hombros arriba» (1 Sam 10, 23); «Goliad tenía de talla seis codos y un palmo» (1 Sam 17, 4).

b) El pequeño David en otros órdenes, social y espiritual, fue por Dios agigantado, es decir, extraordinariamente levantado, ya por su unción para el reino de Israel que en él alcanzaría su mayor esplendor, ya, además, por excepcionales gracias y carismas sobrenaturales; manteniéndose con todo eso humilde ante Dios y en él apoyado y descansando como niño sobre su madre.

Admitida la especial referencia del salmo a la historia arriba indicada, podríamos ver en la postura del niño sobre su madre no tan sólo la figura de la tranquilidad y humilde reposo del espíritu de David, mas también de su exaltación por Dios, y hasta quizás una velada alusión a la altura corporal de aquellos tres jayanes, si, precisando la indeterminada frase hebrea que simplemente dice «sobre su madre», la entendiéramos «sobre los hombros de su madre». ¿No ha de ser así?

«Cántico de las Peregrinaciones» dice el título de este salmo. Pues bien, pongámoslo en el ambiente y movimiento de aquellas peregrinaciones legales. Con frecuencia se vería en ellas la graciosa silueta de un niño ya «gamul», sentado, tranquilo y sonriente, sobre los

hombros de su madre, que así lo portaba a trechos en el largo camino. Que tal fuera, si no exclusiva pero sí frecuente y más cómoda, esa manera de llevar las madres a los hijitos en análogas ocasiones, lo prueban textos de la Escritura, monumentos antiguos y supervivencias actuales.

En la peregrinación de retorno de la cautividad, «los gentiles portarán tus hijos entre sus brazos y tus hijas sobre sus hombros» (Is 49, 22); en monumentos asirios, se ve, por ejemplo, un grupo de mujeres deportadas llevando una un muy pequeño infante sobre el pecho; otra, uno más crecido sobre sus hombros (Cfr. Vigoroux, *Bible Polyglotte*, v. 5, p. 811). Dura la costumbre en el Oriente moderno (Cfr. la ilustración del *Dict. de la Bible* de Vigoroux, t. 2, col. 1787) y algo igual en alguna de nuestras regiones de occidente, y se expresa con la bella frase catalano-balear «dur a becoll», es decir, llevarlo como cordero sobre el pescuezo y los hombros.

Aunque las mujeres estuviesen exentas de la ley de las peregrinaciones, muchas de Palestina concurrían por devoción, y señaladamente a la de Pascua (Lc 2, 41), llevando consigo a sus niños después de destetados. Los rabinos, inspirados en la tradición, exigían la participación de los niños, luego que podían cumplir ciertos esfuerzos, que ellos para prueba en sus libros señalan, y que suponen la edad de tres a cinco años (Zahn, *Evang. Luc.*, p. 166); y sabido es que los niños eran, entre los judíos, destetados a los tres años (2 Mc 7, 27). Así se vería frecuentemente en las peregrinaciones el «gamul» sobre los hombros de su madre.

«COMO NIÑO DESTETADO EN MÍ EL ALMA MÍA»

Aunque rasgos psicológicos análogos se hallan en algunos otros salmos, con todo aquí el giro de la frase parece a ciertos exégetas extraño y algo retorcido. Expone el caso, y no sin alguna simpatía, el P. Zorell, S. I., en su notable obra «*Psalterium ex Hebraeo Latinum*» (p. 235), en estos términos: «'alāy = in me (cfr. 42, 5-7. 12; 142. 4). Multo plenior sensus existeret, et perfectior (qualem exspectamus) esset parallelismus duarum particularum 'al in versu, si pro 'alāy (super me, in me), legere liceret 'al-Y. (abbreviato nomine divino) = 'al-Yahweh = 'ut talis parvulus in Dñi gremio (requiescit) anima mea'».

Si así se admitiere y se juntase lo arriba propuesto para el primer miembro de la comparación, parafraseando los dos, diríamos: «*Como el niño «gamul» tranquilo y exaltado sobre los hombros de su madre, como el niño «gamul» tranquilo y exaltado sobre los hombros de Yahvé, el alma mía*». Es de notar que en el Deuteronomio (Dt 32, 11) hay una comparación algo parecida.

En esta forma, ¡cuánta regularidad en el giro de la frase y cuánta belleza y grandiosidad en el conjunto!

2. LAS DOS COMPARACIONES DEL SALMO 133 (H) Y SU TRASCENDENCIA DOCTRINAL

San Agustín, en su comentario a este salmo «brevis, notus, nominatus», observa que su dulzura había popularizado tanto el primer verso que lo cantaban aun los que desconocían el Salterio: «Ita sonus iste dulcis est ut et qui Psalterium nesciunt illum cantent» (*Enarrat. in. ps. 132*). Y, vertido este verso a lengua vulgar, es también hoy día, en alguna diócesis, el cántico prescrito para asambleas populares religiosas. «¡Psallite sapienter!». ¡Cuánto mayor atractivo tiene, si no nos detenemos en el primer verso, sino que, penetrando en el salmo, percibimos la armonía del conjunto, la variedad y belleza de las dos imágenes, una litúrgica, otra panorámica, que lo ilustran, y la trascendente doctrina teológica que éstas indican! Y todo eso en pocos versos. Es, en verdad, una piedra preciosísima del Salterio engarzada en oro, como las del vestido sacerdotal de Aarón.

No intentamos hacer un comentario íntegro del Salmo; ante todo, lo presentamos aquí, puestas en cursiva, las palabras a que se referirán las notas siguientes:

«Cántico de las ascensiones. De David.
Mirad cuán bueno es y cuán dulce
habitar los hermanos reunidos juntamente.
Como el óleo precioso sobre la cabeza
que desciende sobre la barba, *la barba de Aarón,*
que desciende sobre la abertura (superior) de sus vestidos.
Como el rocío del Hermón
que desciende sobre los *montes de Sión.*
Porque es *allí* que envía el Señor la bendición,
la vida para siempre».

Este salmo, de atribución davídica hoy por pocos admitida, es el penúltimo de la colección de los quince (120-134) «*Sir hammahalot*», «cántico de las ascensiones», es decir, de las peregrinaciones de los israelitas que «subían» a Jerusalén al menos en las grandes fiestas de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos, para cumplir la ley de Dios consignada en el Deuteronomio (Dt 16, 16). Esta es la interpretación más común del título, y la seguimos. Efectivamente, considerados de peregrinación, estos salmos ofrecen más viveza y colorido, y hasta podemos señalar para algunos las situaciones y momentos en que eran cantados: por ejemplo, el 121 corresponde a los comienzos de la peregrinación; el 122, a la llegada a Jerusalén; el 134, a la despedida; el 133, objeto del presente estudio, a los días de la estancia en la Ciudad Santa. Allí los peregrinos, viéndose reunidos y «habitando juntamente», sentían más la dulzura y la dicha de su hermandad; y en el ambiente de las grandes fiestas litúrgicas a que asistían y de las

numerosas caravanas, venidas muchas del norte, eran bien acomodados y de actualidad los dos símiles que esmaltan el salmo y que vamos ahora a considerar.

I

LA UNCIÓN DE AARÓN QUE DESCIENDE SOBRE LA ORLA SUPERIOR DE SUS VESTIDOS

A la memoria de Moisés, siempre viva en la mente de los israelitas, estaba estrechamente asociada la de su hermano Aarón, por Dios elegido y por Moisés ungido Sumo Sacerdote, y revestido de los magníficos y significativos ornamentos, que, como veremos más adelante, estaban confeccionados según la forma minuciosísima señalada por el mismo Dios. Moisés había desaparecido para siempre, una vez acabada su singular misión; pero, instituido el sacerdocio aarónico, la figura de Aarón, por así decirlo, perseveraba, a través de los siglos, espléndida ante los ojos del pueblo de Israel, en la sucesión ministerial de sus descendientes, que, como él, al entrar en el cargo, eran ungidos y revestidos de iguales ornamentos.

Difícil es concebir la emoción que embargaba toda alma israelita ante el espectáculo de la muchedumbre de hermanos de sangre y de religión congregados en el Templo desde todos los términos de Palestina y de fuera de ella, contemplando cómo el Sumo Sacerdote aarónico desempeñaba su más solemne servicio pontifical aquellos días de las peregrinaciones. Para formarse alguna idea, léase la muy bella y exultante página del Eclesiástico (Eccli 50, 5-26) en que Jesús ben Sirac describe detalladamente una de estas funciones pontificales del Sumo Sacerdote Simón, hijo de Onías, el cual, tanta era su majestad, que, cuando, «tomada la vestidura de su gloria y revestido de todos sus ornamentos subía al altar santo, hacía resplandecer los ámbitos del santuario» (v. 11). Ver así al Sumo Sacerdote era «delicia de los ojos» (45, 12) y el ferviente anhelo de los peregrinos.

Nadie, pues, considerando lo que hemos dicho, razonablemente extrañará que este salmo, correspondiente a aquellas o parecidas circunstancias, tenga referencias a Aarón, a su unción, a sus riquísimas vestiduras. No obstante, desde el último tercio del pasado siglo, hay no pocos distinguidos críticos, unos racionalistas, otros católicos, que, ya por razones de orden literario, ya por restringir la ocasión del salmo o de la mencionada unción a una particular fiesta de familia o de amigos, se atreven a mutilar o a modificar el texto mismo, eliminando detalles de la mayor importancia.

Como simple muestra de tales tendencias, citamos varios ejemplos. B. Duhm (*Die Psalmen erklärt*, 1899; 2.^a ed., 1922), inconsistentemente escribe: «Extravagante añadidura: ¿qué tiene que ver la barba de Aarón, ni el mismo Aarón, en una familiar reunión de hermanos?».

Pannier (*Les Psaumes*, 1937, y Pannier-Renard, 1950), escribe: «La repetición de esta última palabra (barba) habrá tenido por finalidad dar una imagen de Aarón más venerable; si no es sencillamente que hay aquí un duplicado, ocasionado por el contacto de dos manuscritos... En el texto de uno de ellos, en que estaba ausente el nombre de Aarón, es verosímil que el óleo representase solamente aquel con que se perfumaba la cabeza de los convidados en los festines de fiesta (cf. «oleo caput meum non unxisti», Lc 7, 46), y cuyo aroma aspiraban cuantos había en la sala». Dom B. Ubach (*El Psalteri*, 1932) divide el segundo verso en dos comparaciones, en forma que la unción no es precisamente sobre la cabeza de Aarón, y traduce así: «És com unguent perfumat damunt el cap que devalla per la barba; "com" una barba d'Aarón que devalla per la vora dels seus vestits». Schlögl, O. Cist. (*Die Psalmen Hebräisch und Deutsch*, 1911), recorriendo el texto, reduce y traduce así toda la comparación: «Como el óleo sobre la cabeza, que desciende sobre la barba»; es decir, suprime del simil el nombre de Aarón y la mención de sus vestidos.

Muy extrañas son tales supresiones o modificaciones; y no deja de serlo también que casi todos los comentaristas que conservan en el salmo estas últimas palabras «...que desciende sobre la orla superior de sus vestiduras», se limiten a considerarlas como simplemente indicadoras de la abundancia de la efusión del óleo santo y aromático sobre la cabeza de Aarón. Pensamos que estas palabras quieren decir mucho más y que forman el rasgo más bello, trascendente y doctrinal del salmo, cántico de la unidad, fraternal y jerárquica, del pueblo de Dios. La frase es abreviada porque breve es el salmo, mas aun así, bastaba ella sola para hacer vibrar religiosa y patrióticamente toda el alma de los peregrinos israelitas que lo cantaban u oían cantar, porque bien sabían que precisamente en aquella parte superior de la vestidura sacerdotal aarónica estaban ellos, es decir, cada una de las doce tribus, por expreso mandato de Dios, nobilísimamente representados e inscritos dos veces allí sus nombres en piedras preciosas.

Léase el capítulo 28 del Éxodo, en que Dios describe y señala muy por menudo la forma y materia de los ornamentos pontificales de Aarón. Sería largo transcribirlo todo, y nos limitamos a extractar lo que más ahora nos interesa ¹.

Sobre la abertura superior y orlada de la sobretúnica se destacaban los dos ónicos, piedras preciosas, de las hombreras, una encima de cada hombro, cada una con inscripción de seis de las doce tribus de Israel, «grabados sus nombres como se graban los sellos». ¡El Sumo

¹ Para mejor inteligencia de lo que más hace a nuestro propósito, ayudan los gráficos y reconstituciones que han diseñado varios autores, por ejemplo, los de SCHUSTER, ACENSSI, frecuentemente reproducidos, y los de la Biblia de Montserrat.

Sacerdote ha de llevarlas todas, con responsabilidad espiritual sobre sus hombros, ante Dios! Pendiente del engarce de oro de aquellas dos piedras estaba un pectoral cuadrado, de un palmo de largo y uno de ancho, guarnecido de doce piedras preciosas, distintas, una para cada tribu, inscrita con el nombre de ella «grabado como se graban los sellos», distribuídas en cuatro filas: en la primera fila una sardónica, un topacio y una esmeralda; en la segunda, un rubí, un zafiro y un diamante; en la tercera, un ópalo, un ágata y una amatista, y en la cuarta, un crisólito, un ónice y un jaspe, todas engarzadas en oro. Este amplio pectoral desde la abertura o borde superior de la sobretúnica y bajo la barba, recubría todo el pecho. ¡El Sumo Sacerdote ha de llevar así en el corazón las doce tribus con amor y con plegaria ante el Señor!

En el acto de la consagración el óleo óptimo, copiosamente vertido sobre la cabeza de Aarón, por su cabellera descendía hasta las dos piedras de las hombreras y por la barba descendía hasta las doce del pectoral, y de este modo la unción alcanzaba doblemente por manera espiritual a las doce tribus inscritas y simbólicamente representadas en aquellas piedras preciosas. El pueblo de Israel era no sólo el elegido entre los demás de la tierra, sino también el *ungido*, como se le llama expresamente en varios lugares de la Santa Escritura ².

* * *

Y más aún, en lo que llevamos dicho, ¿no hay también vislumbres de la doctrina neotestamentaria del Cuerpo Místico de Cristo? La unión fraternal cantada por el salmista, dice S. Próspero, «tunc vere impletur, cum in unum caput totius corporis Christi omnia fidelium membra concurrunt».

Aarón es una figura de Cristo de intensa significación, como las otras que se acumularon en su tiempo.

Cuando se celebraba solemnemente en el Templo la gran fiesta anual de los Tabernáculos, conmemorativa de cuando el pueblo de Israel en su principio habitó cuarenta años en tiendas en el desierto, los judíos preguntaron a Jesús quién era él, y Jesús les contestó: «Soy lo que os vengo diciendo desde el principio» (Io 8, 25), esto es, desde vuestro principio, desde los comienzos del pueblo, en estas fiestas recordados y litúrgicamente festejados. Realmente la Sagrada Escritura nos habla del Cristo, Verbo Eterno, que, como adelantándose

² Sea un ejemplo de tal denominación el pasaje del cántico de Habacuc (Hab 3, 13), y véase la nota de la traducción de CRAMPON en este lugar, y la de HOONACKER (*Les douze Petits Prophètes*), quien también señala otros casos en el Salterio.

a la Encarnación, está ya presente a los comienzos y primera formación de su pueblo, dirigiendo, actuando, enseñando con múltiples figuras de Sí para lo futuro: «*Jesús* salvó a su pueblo de la tierra de Egipto» (Jud 5), «*Moisés* considera que el oprobio de *Cristo* es más estimable que los tesoros de Egipto» (Heb 11, 24), «*Cristo* es la roca, de cuyas aguas bebieron los israelitas sedientos en el desierto de Rafidim “y que les seguía” para apagar otra vez su sed en el desierto de Sin» (1 Cor 10, 4); y así las figuras de *Cristo* se acumulan de tal manera en aquellos cuarenta años del principio del pueblo, que en todos los siglos siguientes no las hubo ni más numerosas, ni (excepto las de David y Jonás) de tan intensa significación cristológica: el cordero pascual, la columna de nube aparecida ya en el tránsito del Mar Rojo, el maná, la roca, la serpiente de bronce, la ceremonia litúrgica entonces establecida de la Fiesta de la Expiación, magníficamente explicada, en sus contrastes, por el autor de la Epístola a los Hebreos... (Heb 9, 11, etc.).

El Sumo Sacerdote Aarón de la ley antigua desde luego era, como tal, figura de *Cristo* Sumo y Eterno Sacerdote de la Ley Nueva; pero, además, Aarón en el acto de la unción con el óleo óptimo descendente de su cabeza hasta las piedras preciosas adherentes a su persona, símbolos de las doce tribus de Israel, ¿no era bien representativo de *Cristo* Cabeza de su Cuerpo Místico para todos los fieles del Antiguo y del Nuevo Testamento, a quienes respectivamente llegaron y llegan, si quiera sea de diverso modo, las influencias de su gracia capital y sacerdotal?

Pensamos que este salmo, cántico de la unidad y unidad jerárquica, es una página del Antiguo Testamento a la que conviene se preste atención en los tratados teológicos del Cuerpo Místico de *Cristo*. Nos falta un texto bíblico o el testimonio bastante de la Tradición para afirmar que Aarón, además de ser un «tipo» de *Cristo* en el riguroso sentido teológico de la palabra, por su vocación divina al Sumo Sacerdocio (cf. Heb 5, 4-6), lo sea también así respecto del Cuerpo Místico, en los detalles arriba apuntados de su unción consecratoria; mas una cosa no está desligada de la otra, y en un sentido más amplio podemos decir que aun en ellos fue Aarón de alguna manera figura de *Cristo*, y que tal figura nos ofrece en la lejanía del Antiguo Testamento vislumbres que sirven, cuando menos, para ilustrar bellamente la doctrina neotestamentaria.

II

EL ROCÍO DEL HERMÓN QUE DESCIENDE SOBRE LOS MONTES DE SIÓN

A la comparación litúrgica sigue la panorámica del Hermón, la cual, a nuestro modo de ver, se desarrolla en perfecto y magnífico paralelismo de detalles respecto de la otra.

De seguida se nos ofrece una grave dificultad. ¿Cómo el rocío del Hermón, situado en el límite septentrional de Palestina, puede llegar a los montes de la Sión de Jerusalén, distantes unos 180 kilómetros hacia el Sur? Muchos comentaristas lo reconocen geográficamente absurdo, y con razón buscan otras soluciones. Se propone la de considerar la frase «rocío del Hermón» simplemente significativa de rocío abundante cual es el del Hermón, es decir, rocío copioso, venga de donde viniere; pero esta explicación suprime toda relación geográfica entre el monte Hermón y los montes de Sión, y el contexto obvio del verso la reclama.

En cambio estimamos muy natural y clara solución (Zorell la enumera en segundo lugar en su *Psalterium ex Hebraeo Latinum*) la de aquellos que aquí en el hebreo leen שִׁיֹּן (Siyón) que, según la Escritura, es uno de los varios nombres del Hermón, en vez de הֶרְמוֹן. (Siyón), nombre del monte del Templo de Jerusalén. Los dos nombres en hebreo, aunque gráficamente diversos, son, empero, por el sonido similar de sus consonantes y por su vocalización cuasi idéntica, fácilmente confundibles; tanto es así, que en la versión latina no resulta ninguna diferencia entre ellos, ni en la transcripción, ni en el sonido: «...usque ad montem Sion, qui est et Hermon» (Dt 4, 48), y estas últimas palabras explicativas, que están desde luego en el hebreo, parecen puestas para evitar, aun a los mismos israelitas, la fácil confusión de los dos nombres. Otro texto que comprueba lo que decimos, se lee en el Eclesiástico (Eccli 24, 17), donde se pondera con elogiosas comparaciones la utilidad y hermosura de la Sabiduría: allí la versión Vulgata traduce «sicut cypressus in monte Sion», y la de los Setenta: «como un ciprés sobre los montes del Hermón»; versiones que, cotejadas, muestran que el original hebreo, en esta parte lastimosamente perdido, no llevaba el nombre de la Sión del Templo. Advértase, además, que, cantándose este salmo en los días de la estancia de las peregrinaciones en Jerusalén, la ciudad de sus santos y fervientes amores (Ps 137), esta circunstancia no pudo menos de ejercer atracción y ocasionar en el espíritu y en la boca de los peregrinos, y después en el estilo de los escribas, la fácil variante que lleva ahora el texto masorético.

* * *

El Hermón, que desde tantas y lejanas tierras se divisa, era generalmente conocido; y sobre todo llevaban viva impresión de él las caravanas de peregrinos venidas del norte de Palestina y las que de fuera entraban por aquella parte. Era, por tanto, de oportuna actualidad su mención en el Salmo.

Este monte, por su grandiosidad, se impuso siempre a la atención de los diversos pueblos que fueron sucediéndose por aquellas regiones orientales, y señal de esto son los muchos nombres que tuvo en la

antigüedad: es el «Sanirón» de los asirios, el «Senir» de los amorreos, el «Sirión» de los fenicios, el «Hermón», «Baalhermon», «Si'on» de la Biblia.

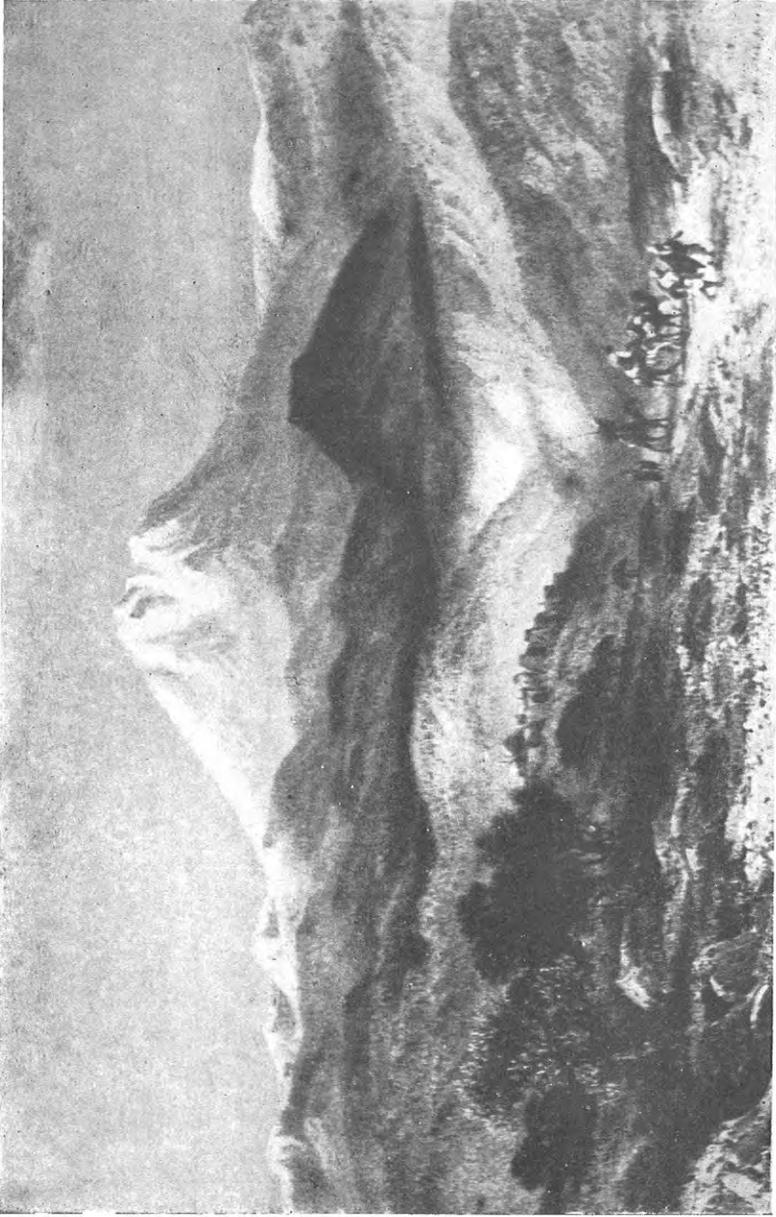
Alzase 2.700 metros sobre el nivel del mar Mediterráneo. Su cumbre más elevada surge, como inmenso cono truncado, sobrepasando en unos 1.000 metros otras alturas que integran el gran monte, rodeado allá abajo de multitud de pequeñas y cercanas montañas. Dichas alturas y estas próximas montañas inferiores son los «monte Si'on = Hermón», mencionados en este Salmo; y ¿no sería desde uno de estos montículos adherentes al gran monte desde donde el desterrado coraíta, antiguo conductor de peregrinaciones, exhalaba sus suspiros hacia Dios y el Templo desde la tierra del Hermón: «a terra... Hermoniim, a monte modico»? (Ps 42, 7).

Sobre estos montes siempre cae por su proximidad el abundoso rocío del Hermón. Place trasladar aquí la bella descripción del explorador Van der Welde (*Reise durch Syrien und Palästina*), la cual hace suya en el artículo «Hermón» del «Dictionnaire de la Bible» el reputado geógrafo palestinese A. Legendre: «Al pie del monte mismo, la comparación del salmo (Ps 133) se explica admirablemente. Allí se comprende cómo las masas de agua que suben de estas alturas cubiertas de bosques y de estas gargantas elevadas, llenas de nieve todo el año, cuando los rayos del sol las ha reducido a vapor y han saturado la atmósfera, caen por la tarde sobre las montañas inferiores que rodean el Ġabl al-Šayḥ como sus retoños. Es preciso haber visto el Hermón, con su corona de un blanco brillante que resplandece en el azul del cielo, para abarcar bien esta imagen. En ningún otro lugar, en toda la comarca, existe un rocío tan copioso como en las regiones vecinas a este macizo».

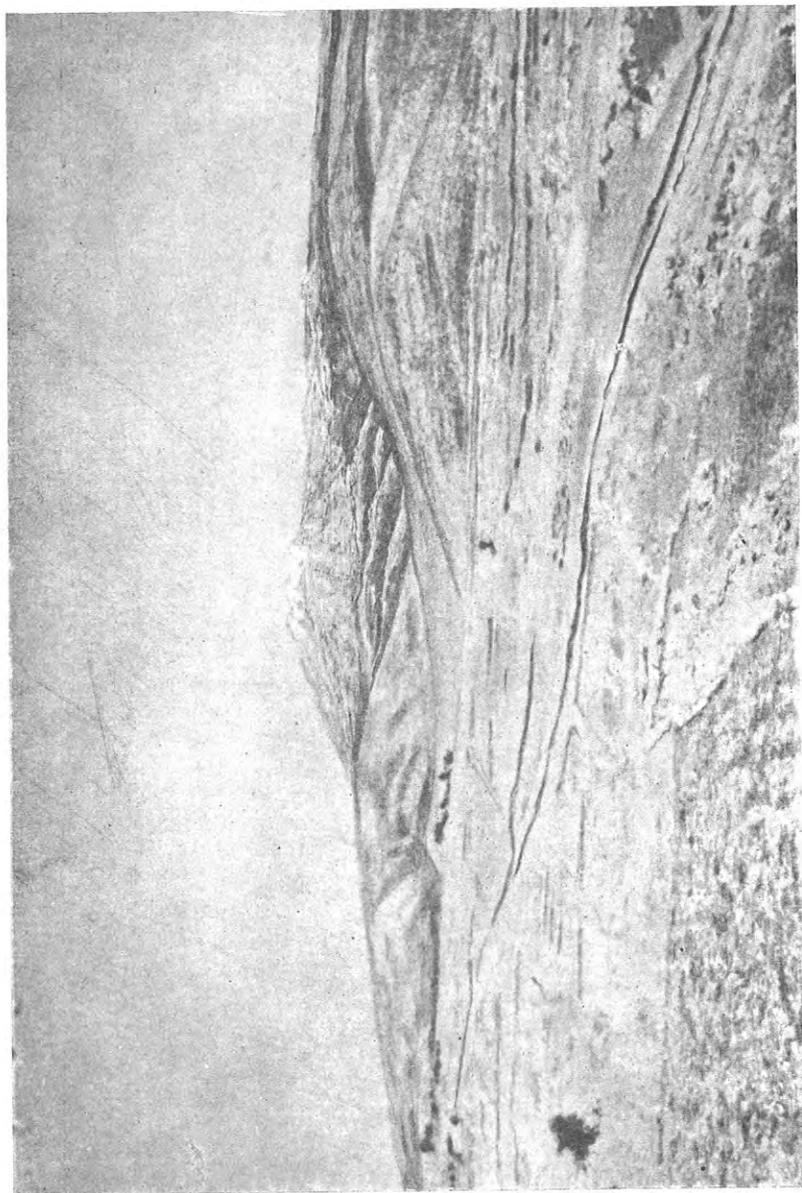
Ordinariamente la cima de un monte en hebreo se denomina *rôš* = «cabeza», y así la parte más alta del Hermón es la cabeza del Hermón (cfr. Cant 4, 8). Los árabes, prosiguiendo el símil, llaman el Hermón, por la elevación de su cima, casi siempre de nieves coronada, Ġabl al-Šayḥ, «monte del anciano de cabellos blancos», que semeja levantarse sobre la familia de las más bajas montañas agrupadas junto a sí. El nombre árabe es posterior a los israelitas, pero refleja bien y colorea la realidad de todos los tiempos. Más o menos, así debió impresionar los ojos y la imaginación de las caravanas de peregrinos que por el norte venían, camino de Jerusalén, las cuales no podían menos de fijar la mirada en el monte alto y magnífico que señala la entrada en Palestina.

* * *

El salmo canta la unión, y unión jerárquica, y todo en él resuena con armónica unidad: las dos comparaciones, la del óleo descendente de la cabeza de Aarón, la del rocío descendente de la cumbre del



El Gran Hermón con los montes Sión que lo integran y lo rodean.



El Hermón desde Merğ Ayun.

Hermón, se aúnan por el completo y mutuo paralelismo de sus varios y respectivos perfiles, todos convergentes a la única idea central del salmo.

Esto se verá mejor cotejando ambas comparaciones, parafraseadas según los conceptos expuestos en el anterior comentario.

Como el óleo óptimo
desde la cabeza de Aarón
desciende
sobre la orla de sus
vestidos y piedras preciosas,
símbolos
de las doce tribus
unidas entre sí
y con el Sumo Sacerdote...

Como el rocío copioso
desde la cumbre (= cabeza) del Her-
desciende [món
sobre su contorno
de pequeñas montañas,
imagen
de los hermanos
unidos entre sí
y con su cabeza...

así descende la bendición del Señor, *allí*, es decir, no sobre los montes de la Sión jerosolimitana, ni sobre los del Hermón, sino sobre los hermanos unidos, mencionados en el primer verso, con el cual se liga este último, sin que interrumpan la conexión, antes la ayudan, las dos rápidas comparaciones intermedias.

★ ★ ☆

Concluyamos. El Salmo 133 explicado de esta manera, sin violencias, con las realidades de la Arqueología y de la Geografía bíblicas, parécenos resulta claro, natural, magnífico y de más trascendente significación.

Por su contenido, por la variedad y grandiosidad de sus símiles, por la elegancia del conjunto, este pequeño salmo es en su género comparable a lo mejor de cualesquiera literaturas: es un diamante artísticamente tallado que por las facetas deja ver sus ricos fondos de doctrina, doctrina de unidad y unidad jerárquica, con vislumbres de la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo.

BARTOLOMÉ PASCUAL
Obispo de Menorca